

## EDITORIAL

## Dos malas copias de la revolución francesa

Hay dos seres, a los que suponemos influídos por la literatura de la revolución francesa, que se habrán titulado a sí mismos el uno Robespierre y el otro Dantón.

Robespierre, el incorruptible. No robaba el dinero. Era abogado. No sentía el amor por las mujeres, porque era misógino. — Quien no siente el amor por la mujer, tiene el alma helada. — Es cruel, es vengativo, es egoísta y ambicioso.

¡Ah! Pero este Robespierre tiene también monomanía de grandeza. Y ¿sabéis lo que decía un alto diplomático extranjero íntimo amigo suyo? Pues que la mayor ilusión de este Robespierre era que lo hicieran duque; y a su mujer duquesa. Así es este Robespierre en pequeño. No llevó a la guillotina a los girondinos españoles, pero los acorraló y los hechó. Ahora el Robespierre español está esperando que llegue Thermidor; y Thermidor avanza marcándole muy cercana su hora.

¡Robespierre español! ¡Qué triste su figura! Se pasó la vida esperando llegar a la cúspide; pero construyó el edificio sobre el odio, la venganza sutil, la ironía, el desprecio. Su propia egolatría. ¡Y se vé derrumbado y recluido en la celda de un convento! Seguramente por la noche, haciendo traición a lo que dice en público, rezará compungido; y en el cuadro que habrá puesto arrebatando el sitio a Cristo, verá al Salvador en sus pesadillas nocturnas, y le pedirá tembloroso que le perdone.

Dantón.—El hijo del pueblo, el vendedor de periódicos, el de la melena encrespada. El que en el mítin con su voz estentórea provoca el aplauso de la multitud. También este Dantón, como el auténtico, ama los placeres sensuales. Le gusta la riqueza, las mujeres, los platos y bebidas exquisitas. Prefiere el salmón a la sardina, y las trufas de Perigeaud a las patatas. En este Dantón pequeño no hay que suponer su trayectoria; la demuestra él, con sus palabras y con sus hechos. Se le ha echado el enemigo encima y le ha desbordado. Su listeza, que no es tanta como muchos suponían, le ha demostrado hace tiempo que se despeñaba en la cima. Y ya está en ella. El Dantón español, ¿tendrá coraje para ir en la carreta en que el pueblo, cantando el «sa-ira», le lleve a ajusticiar en la plaza pública? Si ésto hiciera, y cuando vayan por él con la carreta, tiene valor para cantar como hizo el auténtico Dantón—como dice el adagio italiano—un bello morir, honra una vida—. Quizá este Dantón pueda caer de una manera elegante. Pero, si huye, si se aleja del peligro, si cree que va a gozar tranquilo fuera de España, de las mujeres, del champán y de las trufas, está engañado. Ya todo eso de hoy para siempre le sabra a estopa, le sabrá a cenizas. ¡Pobre Dantón!

## Tu deber, como ciudadano y como español, es perseguir al espía.

### Romance en prosa de la Guerra Azul

## El vendaval pasa y mirad lo que lleva

La Guerra. Ha sido necesaria, inevitable, y por eso querida, deseada, como Teresa soñaba y apetecía el dolor, proveniente de Cristo; el dolor que la transportaba sobre la miseria terrenal, haciéndola con vivo goce, sentir su corazón herido; blanco y preso amorosa del dardo divino.

España, la buena España, se siente transida y transpasada por el dardo de la guerra, que eternamente se llamará Azul, tomando nombre de la parte victoriosa. Como en su corazón, en Teresa el divino venablo halló blanco y presa en su carne, y canta la carne, con oraciones de sufrimientos bien llevados, glorias de España y la gloria del Señor. Bendice como Teresa, el dardo que se hospeda en su carne, remontándola en vuelo de purificación. Una madre que pierde a dos hijos, desgarrada el alma, tiene fuerzas para decir, con una sobrenatural unción: «Murieron por defender a su Patria y defenderte, Señor. Me siento tranquila y satisfecha de haberles dado a luz pensando que al necesitarnos, acudieron a tu llamada y murieron por la Patria y por Ti».

Lo que el buen Cid—armadura sobre la carne y entre la carne y la armadura, imaginaria camisa azul—pedía era eso; un buen Señor para tan buenos vasallos. Lo restante, no se precisaba siquiera hablar de ello: estando en España el valor, el sacrificio, la absoluta entrega emanan de forma tan natural y espontánea, como el gran río en su nacer, cuyo caudal surge y discurre sin atender ni precisar ayudas ajenas.

Buenos vasallos lo somos; Señor tenemos, la victoria es nuestra. Contamos con Caudillo, poseemos las normas de un Estado nuevo, justo y fuerte, hemos desplegado una bandera. Cuanto se precisa además, concurrendo a tan felices circunstancias, lo ofrece la canteira humana de nuestra raza y nuestra historia, que ha reclamado siempre al mundo las empresas más difíciles y duras y los puestos de mayor peligro.

Realidad tan manifiesta es

causa de otra bellísima realidad, Vamos a servirnos de unas palabras de un escritor de singular relieve, verdadero artífice de la imagen, forjador afortunado de estilo. Nos referimos a Vicente Gar Mar. Recordamos estas palabras suyas (en «Sugerencias») que pueden escucharse hoy en España Azul dándoles una significación y valor inmediatos. Así escribía o casi más exacto sería decir, rezaba, Vicente Gar Mar.

Pasa el vendaval por las eras y levanta torbellinos de polvo. Pasa por los huertos floridos y se lleva una nube de perfumes.

—«¡Qué efectos tan diferentes produce la tribulación en las diversas almas!»

Palabras que se ajustan a la emoción de nuestra histórica hora Azul, porque es de ver la sonrisa que en nuestro campo ofrece el herido y quien le visita, conllevando el sufrimiento con la conformidad de padecer lo por España; porque el luchador que se despide de sus padres o les escribe desde los frentes, puntualiza con admirable minuciosidad, que el móvil de la guerra le alienta y la aspereza de la campaña le robusteceu y la falta de todo goce y comodidad en las trincheras no le defraudan. En el vendaval que atraviesa España; sí, es la guerra. Pero en nuestro campo donde crecen árboles y rosales plagados de hermosura, de donde el viento de tanto dolor se lleva de su tránsito, aromas oraciones, recios y varoniles juramentos de morir por Dios y por España.

Dicen los prisioneros en nuestro poder, que de la otra parte no se sufre, ni se muere así. Es lo natural. Allí el vendaval azota, le atraviesa de la misma forma que aquí. Pero preguntad al viento, cuando les deja, que transporta sobre las espaldas invisibles de sus ondas.

Os dirá, sin duda, en puro lenguaje de los olores que lleva, que van a la guerra embriagados, de alcohol, de pedanterío o de veneno extranjero, y que a los cuatro días de estancia en el parapeto, a pan y agua, temiendo morir a cada